

raza/etnicidad

Los estudios culturales constituyen un amplio campo en el cual confluyen diferentes tradiciones intelectuales en torno a las relaciones entre lo cultural y lo político. Innumerables son las disputas sobre sus múltiples genealogías o sobre la pertinencia de enmarcar estas tradiciones bajo el rubro de estudios culturales (para una discusión sobre la pertinencia de hablar de estudios culturales latinoamericanos véase a Walsh, *Estudios*). Dependiendo de cómo se asuma una posición frente a estas disputas, aparecen diferencias sustantivas con respecto a la manera de entender en concreto el despliegue y las transformaciones de categorías como las de raza y etnicidad dentro de los estudios culturales.

En la vertiente de los estudios culturales que se remonta a Birmingham y al Centro Contemporáneo de Estudios Culturales (cccs), lo racial aparece a finales de los años setenta como problemática asociada al trabajo colectivo que encuentra su más visible expresión en los libros *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order* y *The Empire Strikes Back: Race and Racism in 70s Britain*. Stuart Hall y Paul Gilroy son las dos figuras más destacadas en esta vertiente de los estudios culturales que, desde entonces, enfocan su atención en aspectos relacionados con raza y etnicidad. En su conjunto, las elaboraciones sobre raza y etnicidad desarrolladas en este contexto partían de cuestionar al reduccionismo economicista propio del “materialismo vulgar” y, del lado opuesto, al reduccionismo discursivo asociados a ciertas corrientes textualistas.

El cuestionamiento al reduccionismo economicista consiste en tomar distancia de los diferentes encuadres teóricos que subsu-

mían los análisis de la raza o la etnicidad a un simple reflejo de la clase o a lo económico. Desde esta vertiente de los estudios culturales, la raza o la etnicidad no pueden ser entendidas como una expresión mecánica de las relaciones de clase ni están directamente determinadas por la estructura económica de una formación social. La raza y la etnicidad no se consideraban como un simple epifenómeno de lo económico ni de la lucha de clases como se asumía en ciertos los modelos marxistas del “materialismo vulgar”, pero también en otras corrientes que hacían depender la raza o la etnicidad de los cálculos o intereses económicos de individuos o grupos. En este sentido, desde esa vertiente de los estudios culturales se argumentaba por la autonomía relativa de la raza y etnicidad con respecto a otros componentes de la formación social en general y su irreductibilidad a lo económico en particular.

Este cuestionamiento al reduccionismo economicista, sin embargo, no significaba que esta vertiente de los estudios culturales se plegaran a aquellas corrientes más extremas de corte sociológico, que negaban cualquier relación de la raza o la etnicidad con las condiciones materiales de producción económica y las relaciones de clase de una formación social determinada. Para estas corrientes, la raza y la etnicidad eran fenómenos sociales autónomos y entendibles en sus propios términos. Esto es, la raza y la etnicidad constituían un caso particular de las relaciones sociales ya fuera en el establecimiento de diferencias y jerarquías en una sociedad determinada o en la yuxtaposición (generalmente por la fuerza) de diferentes órdenes sociales. Si bien esta vertiente de los estudios culturales compartía con las corrientes sociológicas que la raza o la et-

nidad no podían considerarse como simples derivados de lo económico, diferían de las expresiones extremas que rechazaban de plano cualquier condicionamiento de lo económico. Las categorías de “articulación” y “sobredeterminación”, inspirada en los trabajos de Laclau y Althusser, ofrecieron los insumos teóricos para que esta vertiente de los estudios culturales elaborara una teoría de la totalidad social y de la determinación que tomaba en cuenta las condiciones materiales de existencia de las formaciones sociales, sin caer en los problemas del “materialismo vulgar” y del economicismo (para una argumentación detallada, véase Hall, “Race”).

En sus elaboraciones de la raza y la etnicidad esta vertiente de los estudios culturales también ha cuestionado el reduccionismo discursivista. Éste se desprende de una sobreinterpretación del giro discursivo considerando que la raza y la etnicidad son reducibles a los discursos que las constituyen. Aunque esta vertiente de los estudios culturales está plenamente de acuerdo con la afirmación de que la realidad social en general y la raza y etnicidad en particular son discursivamente constituidas, se distancia de quienes de ello concluyen que el discurso es el principio de inteligibilidad al que se puede reducir todo lo social. Esta vertiente de los estudios culturales considera que la dimensión discursiva de la raza y la etnicidad no es un simple agregado que se sumaría, al final, a relaciones y prácticas no discursivas constituidas de antemano. Sin embargo, no se limita a un análisis discursivo, ni desconoce la relevancia de las dimensiones no discursivas de cualquier práctica y relación en una formación social determinada. Menos aún sigue a aquellas corrientes que reducen lo discursivo a una conceptualización formalista del lenguaje que consideran la raza y la etnicidad como sistemas de clasificación social, como “buenas para pensar” o sistemas de intercambio de signos.

Además del cuestionamiento a los reduccionismos economicista y discursivista, esta vertiente de los estudios culturales subraya la historicidad de la raza y la etnicidad. En otras palabras, argumentan que tanto la raza como la etnicidad son histórica y contextualmente constituidas (en su artí-

culo sobre la relevancia de Gramsci para el estudio de la etnicidad y la raza, “The Problem”, Hall desarrolla este aspecto en detalle). Antes que entidades fijas e inmutables que se encuentran en todos los lugares y tiempos, la raza y la etnicidad son productos de condiciones históricas concretas y varían sustancialmente de una formación social a otra. Dos son las principales consecuencias de esta premisa de la historicidad.

Primero, significa un cuestionamiento a los esencialismos biologicistas o culturalistas. Esta vertiente de los estudios culturales cuestiona el esencialismo biologicista que supone la idea de que la raza sería una realidad biológica y, por lo tanto, que sería expresión de la “naturaleza humana”. Al contrario de este esencialismo biologicista, esta vertiente de los estudios culturales confluye con el grueso de los académicos contemporáneos al considerar que la raza como entidad biológica se remonta a la expansión colonial europea con sus topologías y jerarquizaciones eurocentristas de los seres humanos y de la naturaleza en general. La raza fue una invención colonial de clasificación y subordinación de poblaciones no europeas que apelaba al discurso experto de la biología de la época. A pesar de que desde mediados de siglo pasado la biología ha refutado la existencia de entidades raciales, esta noción de raza como entidad biológica ha continuado habitado de disímiles formas el imaginario colectivo y el sentido común, imbricándose con prácticas de diferenciación, regulación, normalización, exclusión y control. Por lo tanto, desde esta vertiente de los estudios culturales se examinan estas cambiantes y múltiples prácticas, relaciones y representaciones que constituyen la raza como si fuera una entidad biológica en una formación social determinada.

En el mismo sentido, el historicismo de esta vertiente de los estudios culturales cuestiona el esencialismo culturalista. Desde el esencialismo culturalista la etnicidad y la raza aparecen como la expresión de unos rasgos culturales primordiales que se mantienen inmutables a través de la historia. Nada más distante de la visión de los estudios culturales que no explican la etnicidad o la raza como resultado de aislamientos o de emanaciones de núcleos culturales primordiales, enraizados en un supuesto

inconsciente colectivo, sino como resultado de las interacciones históricamente situadas en contextos de relaciones de poder constituyentes de grupos, identidades y sujetos determinados.

Segundo, otro aspecto a considerar en la elaboración de la raza y etnicidad desde los estudios culturales, asociada a Birmingham y en especial al trabajo de Stuart Hall, se refiere a la distinción entre estas dos categorías. Aunque Hall distingue analíticamente entre etnicidad y raza considera que entre estas categorías existen analogías y superposiciones. De manera general, para Hall la etnicidad es un concepto que ha sido asociado con una locación social (el lenguaje del lugar) y articulado a través de “rasgos culturales” (“Etnicidad es el término que nosotros damos a los rasgos culturales—lenguaje, religión, costumbre, tradiciones, sentimientos por ‘lugar’— que son compartidos por un grupo”: “The Question”: 617) mientras que la raza ha sido relacionada con la discriminación tomando características somáticas que operan como rasgos diacríticos raciales (“Conclusion”: 222-223).

No obstante, Hall trasciende esta simple oposición entre raza y etnicidad y anota que aunque el “racismo biológico” recurre a las características corporales como diacríticos de la raza estas características connotan diferencias sociales y culturales. En las últimas décadas, esta noción de raza ha sido desplazada por un concepto explícitamente cultural. Las nociones biológicas extremas de la raza (expresadas en la eugenesia, el darwinismo social o el fascismo) “han sido reemplazadas por definiciones culturales de la raza, las cuales permiten que la raza juegue un papel significativo en los discursos de la nación y la identidad nacional” (“The Question”: 618). Este desplazamiento del pensamiento racial y del racismo de lo somático hacia lo cultural es referido con el concepto de “racismo cultural” de Paul Gilroy (*There Ain't*).

Por su parte, en la etnicidad “la articulación de diferencia con la Naturaleza (biológica y genética) es presente, pero desplazada mediante el parentesco y el matrimonio” (“Conclusion”: 223, cursivas en el original). Para Hall, estos discursos de las etnicidades y las razas (biológica o culturalmente suturadas) se encuentran estrechamente relacio-

nados, pero constituyen sistemas diferenciales de prácticas discursivas y subjetividades que dividen y clasifican el mundo social con sus historias específicas y sus modos de operación. A pesar de sus particularidades constituyen dos registros del racismo: el racismo biológico-cultural y el diferencialismo cultural (“Conclusion”: 223).

El racismo inscribe diferencias y jerarquías ineluctables y naturalizadas en una formación social: “El racismo, por supuesto, opera por la construcción de impasables fronteras simbólicas entre categorías racialmente constituidas y sus típicos sistemas binarios de representación constantemente marcan y tienden a fijar y naturalizar la diferencia entre pertenencia y otredad” (Hall, “New Ethnicities”: 445). El racismo debe ser entendido como un tipo de práctica cuya especificidad refiere a la ineluctable naturalización de la segregación, separación y jerarquización de la diferencia: “El racismo es una estructura de discurso y representación que trata de expulsar simbólicamente al Otro—lanzarlo afuera, colocarlo allá, en el tercer mundo, en la margen— (Hall, “Ethnicity”: 16).” El racismo requiere ser analizado como una serie de prácticas más o menos institucionalizadas en formaciones sociales específicas, cuyo despliegue garantiza la inscripción en el cuerpo social e individual de relaciones de desigualdad, asimetría y exclusión. Ahora bien, como lo ha hecho con las nociones de raza y etnicidad, Hall ha enfatizado la pluralidad e historicidad del racismo, arguyendo que no existe un solo racismo sino racismos.

En América Latina múltiples son las elaboraciones sobre raza y etnicidad que bien pueden considerarse en diálogo con los estudios culturales. Entre las más relevantes se encuentran el trabajo de Claudia Briones en Argentina con su conceptualización de “aboriginalidad”, el de Marisol de la Cadena en Perú sobre los “mestizos indígenas”, y el del colectivo asociado al doctorado en estudios culturales de la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) en Quito coordinado por Catherine Walsh centrado en la colonialidad del poder.

Briones propone trascender los cada vez más estériles debates anclados en discusiones de semánticas descontextualizadas que tienden a suponer el carácter dado de ca-

tegorías como las de “etnia” o “raza”. Para Briones se hace teórica y metodológicamente pertinente hacer énfasis en una *pragmática de los usos sociales* que se encuentra ligada a contextos históricos específicos (257). En este sentido, Briones sugiere explorar la noción de “aboriginalidad” como una alternativa analítica en el contexto de una economía política de la producción (de la diferencia) cultural (242-243). De ahí que la ‘aboriginalidad’ sea entendida desde un enfoque procesal y relacional de coproducción e inscripción de otros (diferentes-marcados) y nosotros (diferentes-no-marcados) en un entramado social de exclusiones e inclusiones propias de la dialéctica de reproducción/contestación permanente de la hegemonía y subalternidad.

Por su parte, Marisol de la Cadena ha trabajado desde una historización de las nociones de “mestizaje” que han operado en diferentes momentos del siglo xx en Perú y América Latina. Sus análisis de los discursos y las prácticas de las articulaciones locales del mestizaje y la indianidad, han mostrado cómo rasgos culturales (la educación, formas de vestir, urbanidad, etc.) ocupan el lugar de diacríticos raciales, haciendo de la “raza” una categoría que puede apelar tanto al ámbito de la cultura como al de la biología. Metodológicamente, el contextualismo radical y la historización son sugeridas por De la Cadena desde “el dialogismo como estrategia epistemológica para explorar los múltiples significados inscritos en la genealogía de la etiqueta de identidad ‘mestizo’ y su correspondiente ideología política, el *mestizaje*” (“Are Mestizos Hybrid?”: 262).

Finalmente, cabe referir el trabajo colectivo en torno al doctorado en estudios culturales de la UASB por su novedoso abordaje de la raza y etnicidad desde el proyecto intelectual y político de la modernidad/colonialidad (Walsh, *Pensamiento*). A partir de la elaboración de un pensamiento que cuestiona los fundamentos eurocéntricos de la modernidad y el conocimiento occidental, se evidencia cómo el pensamiento racial ha sido parte constitutiva de la colonialidad. De ahí que se busca intervenir en los términos mismos desde los cuales opera la geopolítica del conocimiento moderno/colonial desatando los amarres del pensamiento racial

que subalterniza las experiencias, seres y saberes otros. Para ello, la diferencia colonial desde la cual se articulan los movimientos sociales indígenas y afrodescendientes, ofrece alternativas a la modernidad y unas políticas epistémicas, ontológicas y existenciales orientadas hacia la descolonialidad.

Inspirados en parte por los estudios culturales en América Latina se han adelantado igualmente numerosos trabajos sobre raza y etnicidad con un enfoque en las poblaciones afrodescendientes. Las investigaciones de Livio Sansone en Brasil, las de Jean Rahier para Ecuador, las de Kevin Yelvington en el Caribe, o las de Peter Wade para Colombia abordan las relaciones entre representaciones, relaciones de poder y alteridad étnica/racial que operan en las construcciones de lo negro, la nación y la diáspora. Sansone, por ejemplo, evidencia las diferentes articulaciones raciales en Brasil y la “cultura negra” teniendo en cuenta los impactos de la circulación global de imágenes y objetos. De ahí que su trabajo resalte la importancia analítica de las influencias de las redes transnacionales en las articulaciones raciales locales. Con base en la noción de representación de Stuart Hall, el detallado estudio de Rahier muestra los diferentes tropos del pensamiento racial hegemónico sobre lo negro, a partir de un análisis discursivo y visual de una revista ecuatoriana. Por lo tanto, constituye una interesante ilustración de lo que metodológicamente se puede lograr con el análisis del discurso y lo visual en los estudios de la raza/etnicidad. En uno de sus artículos, Yelvington introduce un relevante cuestionamiento a la noción de diáspora que tiende a tomarse por sentada, en vez de examinar históricamente cómo se constituye o no desde lo concreto y en situaciones bien específicas, como el caso examinado por el de la reacción en el Caribe a la invasión italiana de Etiopía. Finalmente, Wade presenta uno de los más completos estudios sobre las dinámicas raciales en sus inscripciones regionales y en el proyecto de construcción de nación, evidenciado las imbricaciones entre las nociones de raza, mestizaje y diferencia. Combinando la etnografía con el análisis de documentos, Wade subraya la relevancia de pensar relacional y contextualmente la producción de las diferencias y jerarquías raciales.

BIBLIOGRAFÍA. Briones, Claudia, *La alteridad del "cuarto mundo": una deconstrucción antropológica de la diferencia*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1998; De la Cadena, Marisol, "Are Mestizos Hybrids? The Conceptual Politics of Andean Identities", *Journal of Latin American Studies*, núm. 37, 2005, pp. 259-284; De la Cadena, Marisol, *Indigenous Mestizos: The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*, Durham, Duke University Press, 2000 [*Indígenas mestizos: raza y cultura en el Cusco* (trad. Montserrat Cañedo y Eloy Neyra), Lima, IEP Ediciones, 2004]; Gilroy, Paul, "There Ain't no Black in the Union Jack": *The Cultural Politics of Race and Nation*, Chicago, The University of Chicago Press, 1991; Hall, Stuart, "Conclusion: The Multi-Cultural Question" en Barnor Hesse, ed., *Unsettled Multiculturalism: Diasporas, Entanglements, "Transruptions"*, Londres, Zed Books, 2000, pp. 209-241; Hall, Stuart, "The Question of Cultural Identity" en Stuart Hall, David Held y Tony McGrew (eds.), *Modernity and its Futures*, Cambridge, Polity Press, 1992, pp. 596-634; Hall, Stuart, "Race, Articulation and Societies Structured in Dominance" en *Sociological Theories: Race and Colonialism*, París, UNESCO, 1980, pp. 305-345; Morley, David y Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres-Nueva York, Routledge, 1996; Rahier, Jean, "Mami, ¿qué será lo que quiere el negro?": representaciones racistas en la revista *Vistazo*, 1957-1991" en Emma Ervone, Emma y Fredy Rivera (eds.), *Ecuador racista: imágenes e identidades*, Quito, FLACSO, 1999, pp. 73-110; Sansone, Livio, *De África a lo afro: uso y abuso de África en Brasil*, Kuala Lumpur, Vinlin Press/Sephis/Codesria, 2001 <www.iisg.nl/~sephis/pdf/liviospanish.pdf>; Sansone, Livio, *Negritude sem etnicidade*, Salvador/Rio de Janeiro, Edufba/Pallas, 2004; Wade, Peter, *Gente negra, nación mestiza, dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 1997; Wade, Peter, *Música, raza y nación: música tropical en Colombia*, Bogotá, Vicepresidencia de la República, 2002; Walsh, Catherine (ed.), *Estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la región andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Abya-Yala, 2003; Walsh, Catherine (ed.), *Pensamiento crítico y matriz (de) colonial: reflexiones latinoamericanas*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Abya-Yala, 2005; Yelvington, Kevin, "Dislocando la diáspora: la reacción al conflicto italo-etíope en

el Caribe, 1935-1941", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 17, núm. 52, 2003, pp. 555-576.

[EDUARDO RESTREPO]

representación

La representación, en su sentido más básico, es el resultado de un acto cognitivo por medio del cual se produce un signo o símbolo que se instaura como el "doble" de una presunta "realidad" o de un "original". En otras palabras, la representación ocurre a través de un proceso de percepción e interpretación de un referente, el objeto (en un sentido amplio) representado. Atendiendo al vocablo representación, el prefijo re indicaría un volver a presentar lo que ya ha sido presentado. Re-presentar es *volver a presentar, poner nuevamente en el presente aquello que ya no está aquí ni ahora*, encontrándose así restituído en su re-presentación. De este modo le sería intrínseca a la representación, en primer lugar, una cierta disparidad temporal trazada por la distancia entre los dos momentos implicados en la estructura misma de la re-presentación: algo así como presentar una cosa por segunda vez. En segundo lugar, el prefijo re también supone una iteración, un repetir, un volver a poner, que a diferencia de la distancia temporal, indica una suerte de artificialidad. La representación sería, en este caso, un acontecimiento a través del cual algo es repetido, re-producido en el presente y, por lo tanto, restituído artificialmente en y por la representación.

A ambos sentidos, cuyas direcciones cohabitarían en la palabra representación, les es propio una relación a la esencia o la pre-presencia de las cosas, ya sea haciéndolas o dejándolas venir de nuevo al presente (allí donde representar sería más bien "representar" o hacer retornar a la presencia), ya sea presentándolas nuevamente bajo la forma de un doble, de una imagen, una idea, un pensamiento o, para ser más precisos, a partir de un "representante", algo o alguien destinado a sustituir o suplir la ausencia de otro.

Las representaciones han sido objeto de estudio en diversas disciplinas. En el caso de las humanidades y las ciencias sociales